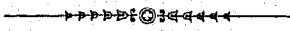
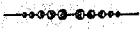


Ant- XIX-2127(6)

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.



LA ESPAÑA DRAMATICA.



COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*



D. Juan Diaz de los Rios.
calle de Carretas.

CATÁLOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Paston.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redención!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fantá de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Rocas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, drama bardo.
El Trovador, refundida.
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Noblezza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Luca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.

Baabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juicamento.
El Dca de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El agua mausa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cubra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al sacco...
Un inglés y un vizcaíno.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercedet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Ventura.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Las Trampas inocentes.
La Geniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficio lito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.

Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dá Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardidcs dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Precceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Los eucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepeya la aguardentera.
¡Ingleses!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

R. 52.760

LA FUERZA DE VOLUNTAD,

DRAMA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Representado por primera vez, en el teatro del Príncipe, la
noche del 23 de Setiembre de 1852.

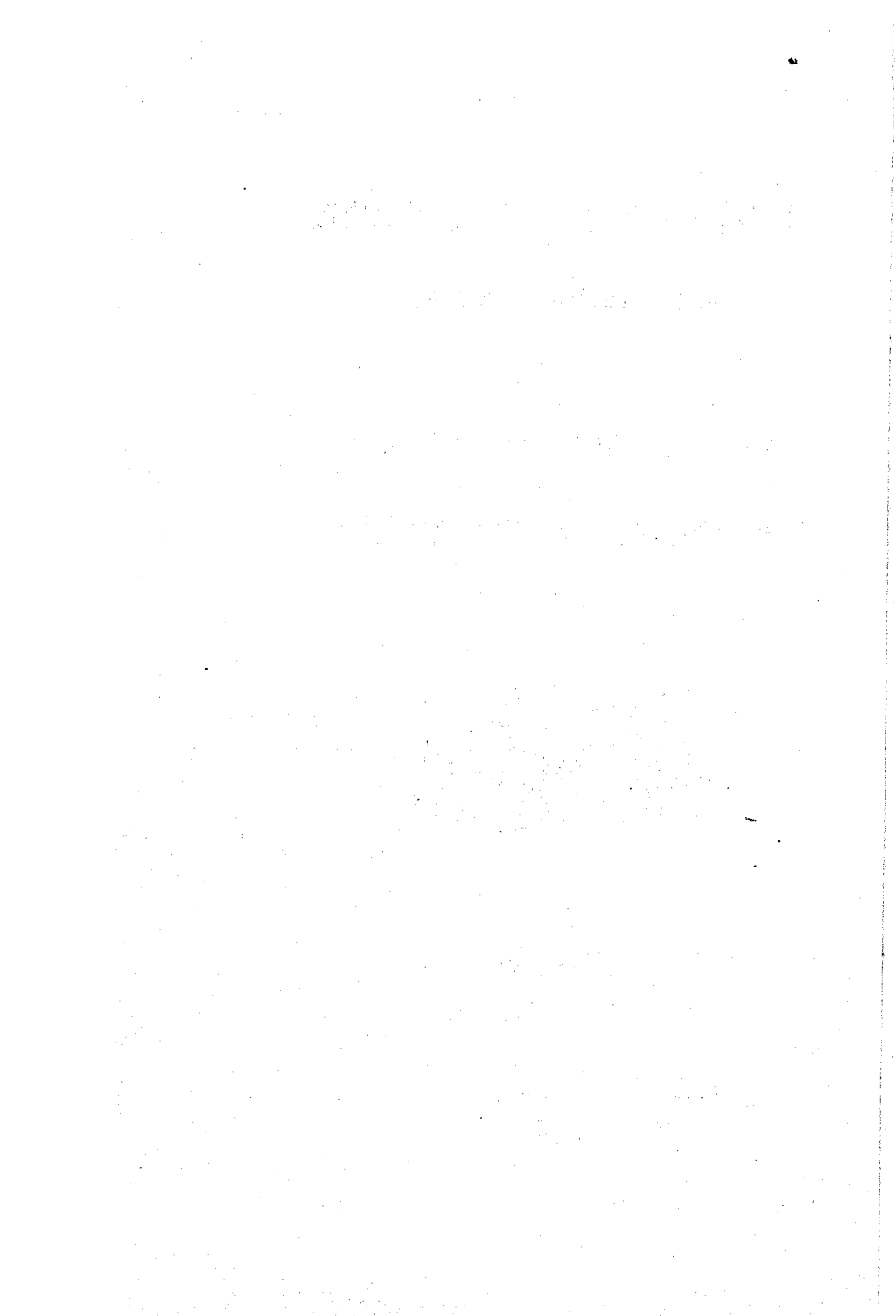


N.º 189.

MADRID.

IMPENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ, CALLE DEL RUBIO, N.º 14,
1852.





A LOS SEÑORES

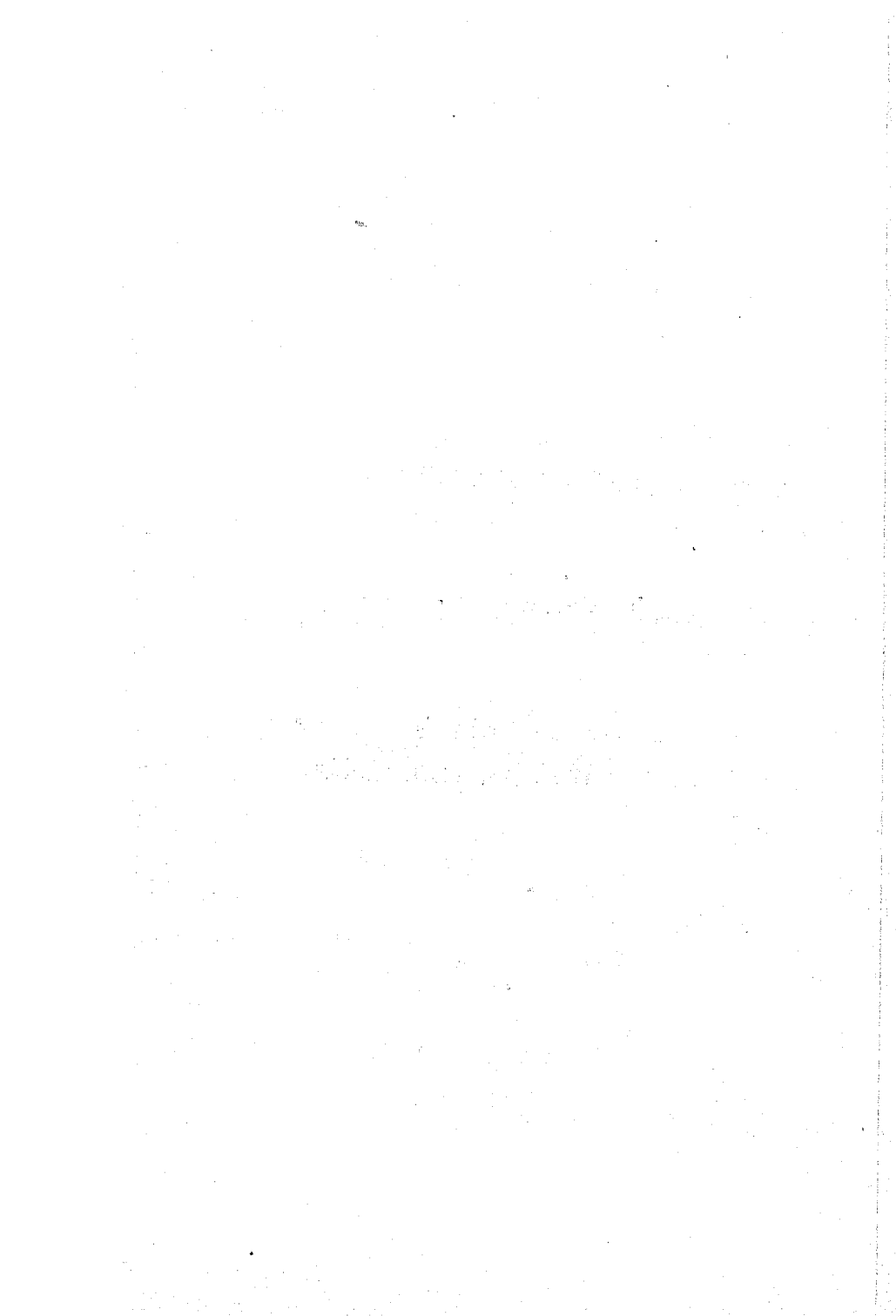
DOM PABLO AVECILLA

Y

DON JOSÉ MARIA BLASCO.

Amigos míos: como una prueba de cariño, os dedica LA FUERZA DE VOLUNTAD, vuestro afectísimo.

JUAN DE ARIZA.



Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

DOÑA JIMENA. D.^a JOSEFA PALMA.
SANCHA. D.^a JUANA SAMANIEGO.
DON GARCIA, *el Temblosa,*
Rey de Navarra. D. JULIAN ROMEA.
EL CONDE DON RAMIRO. . D. ANTONIO PIZARROSO.
EL CONDE DON GONZALO. D. PEDRO LOPEZ.
FORTUN. D. ANTONIO LOZANO.
NUÑO. D. LÁZARO PEREZ.

CAPITANES.—SOLDADOS.—PUEBLO.

La escena en el Alcázar de Pamplona, en 995.

ACTO PRIMERO.

Cámara real en el palacio de Pamplona, con dos puertas colaterales y una en el fondo. A la derecha del espectador una mesa y una silla; á ambos lados de la puerta del fondo dos grandes manoplias. A la izquierda, en primer término, un balcon.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JIMENA.—SANCHÁ.

SANCHÁ. Por demas á la tristeza
tu frente inclinas, señora,
y el carmin de tus mejillas
la mano del dolor borra.

JIMENA. Deja que al dolor consagre
en el silencio mis horas,
que, para fingir contento,
es justo llorar á solas.
Don Ramiro cada dia
exije el de nuestra boda,
y su insistencia me oprime

como una pesada losa.
Mi alma valiente rechaza
la opresion con que la agovian,
pero á la voz de mi padre
pierde su aliento y se postra.
No la rinde vil temor,
ni los peligros le asombran,
solo el respeto quebranta
su voluntad poderosa.

SANCHA. Cuenta á tu padre las penas
que ese enlace te ocasiona,
y á tus ruegos y á tus llantos
no quedará su alma sorda.

JIMENA. Quedará, Sancha; el cariño
paternal su frente dobla
ante la razon oculta
de alguna ley imperiosa.
Mas de una vez á sus plantas
he suplicado que rompa
de tan pesada cadena
las insufribles argollas,
y, ya besando mi frente,
ya de mis pupilas rojas
las lágrimas enjugando,
para que ardiendo no corran,
por respuesta á mis querellas,
por consuelo á mis congojas,
lágrimas noté en sus ojos,
y suspiros en su boca.

Viendo que daban mis súplicas
pena tanta á quien me adora,
tomé una resolucion
noble, invariable y heroica.
Dentro del alma guardé
los sollozos que me ahogan;
hice que el llanto bajára
al corazon gota á gota;
puse á mi pálido rostro
una mentida aureola
de júbilo, y conseguí
ir disipando la honda
pena que á mi noble padre
causaba mi cancerosa

herida. De mis dolores
apenas guarda memoria;
y, aunque soy mas infeliz,
piensa que vivo dichosa.

SANCHA.
JIMENA.

¡Cuánto sufrirás!
Sí, Sancha,
sufro mucho; mas no importa,
pues mi dolor se mitiga
viendo que mi padre goza.
Procuro de don Ramiro
calmar la impaciencia loca,
y aun abrigo una esperanza
horrible, que me conforta.
Espero que, en los combates,
una cimitarra mora
el endurecido pecho
del odioso amante rompa.

SANCHA.
JIMENA.

¡Doña Jimena!...

No temas
que se cumpla tan odiosa
esperanza; mi desdicha
sirve á su pecho de cota.

SANCHA.

¿Por qué no acudes al rey,
pidiéndole que interponga
su autoridad?

JIMENA.

Don García
no tiene voluntad propia;
y árbol de poca raiz
no puede dar mucha sombra.

SANCHA.

Sin embargo, es el monarca,
y á mas, si no se equivoca
mi instinto de mujer, mucho
te ama.

JIMENA.

Quizás.

SANCHA.

Si hasta ahora
no han pronunciado sus lábios
palabras de amor, lo estorba
su timidez.

JIMENA.

Timidez

SANCHA.

indigna, que me abochorna.
Es el rey, y si en su frente
afirmáras la corona...

JIMENA.

Jamás latirá en sus venas

un resto de sangre goda.
SANCHA. Tú puedes...
JIMENA. Déjame, Sancha.
SANCHA. Escuchándome te enojas,
pero el amor del rey... Déjame
JIMENA. con mi duelo y mis memorias.

ESCENA II.

DOÑA JIMENA.

Sancha también adivina
la fe con que el rey me adora,
pero por fortuna ignora
el amor que al rey me inclina.
Estraña debilidad
que en mi altivez no comprendo,
pero que siempre creciendo
va contra mi voluntad.
A su humillante poder
¿no he de saber resistirme
yo, que blasono de firme
y de arrogante mujer?
No. Cuanto más la combato
cobra más cuerpo, más vida;
pero moriré escondida...
Yo lo quiero, es mi mandato.
Quede por siempre guardada,
pues no puedo confesar
amor que me hace bajar
los ojos avergonzada:
¿Qué descubrí en don García
para sentir este amor?
No tiene poder, valor,
entusiasmo ni energía.
Su suprema dignidad
es un oropel liviano...
¿Amaré del soberano
la misma debilidad?
¿Será lo que por él siento

nada mas que compasion?...
No; entonces mi corazon
no latiria violento.
Ya que me atormento asi,
¿deberé, para igualarme,
elearlo ó humillarme?...
Debo elevarlo hasta mí.
Debo romper la cadena
pesada que lo aprisiona...
debe afirmar la corona
sobre sus sienes Jimena...
Para realizar mi intento,
ni auxiliares ni testigos
quiero, y á mis enemigos
ni los temo ni los cuento.
Mi imaginacion absorta
pocos destellos derrama...
Yo sé que existe una trama...
no la conozco... Qué importa!...
Resuelta estoy, decidida
con firme solicitud,
á romper su esclavitud,
aunque nos cueste la vida.
Mi heróica temeridad
á ningun riesgo se niega...
Ya verán á donde llega
la fuerza de voluntad.

ESCENA III.

DOÑA JIMENA, *que se dirige hácia la puerta de la izquierda.*—DON RAMIRO, *en traje de guerra, que entra por el foro y la detiene.*

JIMENA. El cielo os guarde.

RAMIRO. Señora,
¿por qué te alejas? Detente.
Quien ha de vivir ausento,
justo es que te admire ahora.

JIMENA. Me retiraba, señor,
sin sospechar tu venida.

- RAMIRO. Audiencia de despedida
te pide tu servidor.
Y dársela en buena ley
debes, pues, fiel caballero,
este homenaje primero
rinde á su dama que al rey.
- JIMENA. Sirve al rey con la lealtad
y el valor que corresponde
á quien ostenta de Conde
la suprema dignidad.
- RAMIRO. Para defender su tierra
y sostener su decoro,
voy á correr contra el moro
los peligros de la guerra.
Para aumentar mi bravura
una prenda de cariño
dame, y verás como tiño
de sangre infiel la llanura.
- JIMENA. Para lidiar denodado,
para triunfar ó morir,
basta con querer cumplir
los deberes de soldado.
- RAMIRO. Certera herirá mi lanza
y crecerá mi denuedo,
si abrigar lidiando puedo
alguna dulce esperanza:
si ofreces al campeón
que viste férrea loriga,
por premio de su fatiga,
inmediato galardón.
- JIMENA. Debe inflammar la memoria
y el ánimo enaltecer,
la esperanza de vencer
y el galardón de la gloria.
- RAMIRO. Con agudo ingenio estás
haciendo mi intento vano.
- JIMENA. Ya te concedió mi mano
mi padre. ¿Qué quieres más?
- RAMIRO. Quiero la nupcial cadena
completar, que mi afán labra,
y que cumplas la palabra
que él me dió, doña Jimena.
Quiero fijar el momento

en que acabe mi porfía:
quiero señalar el día
hoy de nuestro casamiento.
Y, sin nueva dilacion,
ya que á acallar te acomodas,
han de hacerse nuestras bodas
á mi vuelta de Aragon.
Así toudrán desde luego
fin mis eternas demandas.

JIMENA. Jamás, si tú me lo mandas.

RAMIRO. Señora, yo te lo ruego.

JIMENA. Mal el ruego comprendí.

RAMIRO. Es que es preciso, señora,
señalar pronto la hora...

JIMENA. Hacerlo me toca á mi.

RAMIRO. Van dos años de rogar
y de amargos desengaños,
y son muy largos dos años
de temer y de esperar.
Mas me valiera...

JIMENA. ¿Qué?

RAMIRO. Nada.

Duda el ánimo cobarde...

JIMENA. Señor, el cielo te guarde
y dé victoria á tu espada.

ESCENA IV.

DON RAMIRO.

¿Por qué ha de faltarme brio
para su orgullo rendir?
Causado estoy de sufrir
el rigor de su desvio.
Mi incontrastable poder,
que al reino navarro abruma,
jse ha de romper como espuma
contra una débil mujer?
No he de rendir su enerjia
yo, que domino en Pamplona,
yo, que llevo la corona

del *Tembloso* don García?
¡Yo, que de la hueste real
omnipotente caudillo,
la destumbro con el brillo
de mi aureola marcial?
Si ¡vive Dios!... En su fuego
quemé mi arrojo, insensato;
mas hoy empieza el mandato,
que estoy cansado del ruego.
De su padre los temores
se unirán á mis afanes,
y secundará mis planes,
pues somos los dos traidores.
Y si el clarín á lidiar
no me estuviera llamando,
la llevaria arrastrando
hoy mismo al pié del altar.

ESCENA V.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.

RAMIRO. Don Gonzalo ¿no me ves?
Vienes triste y pensativo.

GONZAL. De un remordimiento vivo
bajo el gran peso.

RAMIRO. ¿Cuál es?
¿Qué nuevas penas oprimen
hoy tu corazón?... Responde.

GONZAL. Tú sabrás mis penas, Conde,
si recuerdas nuestro crimen.

RAMIRO. ¡Vive Dios, que tu imprudencia
y tu terquedad me pasma!
Comparte con tu fantasma
y no causes mi paciencia.
Si es un crimen, recordarlo
no está bien entre los dos.

GONZAL. ¡Oh, Conde, pluguiera á Dios
que yo pudiera olvidarlo!
Pero siempre, por mi mal,
será inútil que lo intente,

que está mi crimen patente
en ese vástago real.
Su esforzado padre un día
lo encomendó á nuestro honor,
y sin gloria ni valor
hoy se arrastra don García.
Sumido en muelle reposo,
nunca vistió la coraza,
huye cobarde en la caza,
y le llaman el *Tembloso*.
Desprécialo el reino entero
mas que al último vasallo;
regir no sabe un caballo,
ni manejar un acero.
Lleva de monarca el nombre
y una corona en la frente,
pero en sus venas no siente
latir la sangre de un hombre.

Este palacio desierto
encierra su vil espanto,
y una mortaja es su manto
que cubre un cadáver yerto.
A nuestro antojo las leyes
se dictan á la ciudad.
Si él es rey sin voluntad,
nosotros somos los reyes.

RAMIRO. Muy bien tu lealtad se muestra
en tan generoso alarde;

mas si el rey nació cobarde,
¿es, Conde, la culpa nuestra?

GONZAL.

Bien sabes que en su niñez
daba muestras de talento,
de generoso ardimiento
y soberana altivez.

Pero rindióse el león
á nuestros viles amaños,
y á quince mortales años
de pérdida educacion.

A fuerza de encarecer
los peligros unos y otros,
nosotros, Conde, nosotros
se los hicimos temer.

Al santo amor de la gloria

su alma dejamos inerte,
siempre hablando de la muerte
y nunca de la victoria.

Le supimos apartar
del gobierno del estado,
pintando siempre el cuidado
y no el honor de reinar.

Apagamos poco á poco
el fuego que en él ardía,
y gracias si don Garcia
solo es débil y no loco.
que contra tanta maldad
ningun niño tiene fuerza,
y no hay razon que no tuerza
tal fuerza de voluntad.

RAMIRO. Si tal nuestro crimen es,
si tan grande nuestro agravio,
conde sellemos el labio
por nuestro propio interés.

Y si cerramos los ojos
del *Tembloso* don Garcia,
cuenta que la luz del día
venga á alumbrar sus enojos.
Pues si las sombras oscuras

se alejan de su razon,
sabrà romper el leon
sus frágiles ligaduras.

Y al sacudir con fiereza
el largo y pesado yugo,
podrá entregar al verdugo
tu cabeza y mi cabeza.

GONZAL. Lo sé, don Ramiro.

RAMIRO. Advierte
que ser puede en un momento
tu mismo remordimiento
nuestra sentencia de muerte.

GONZAL. Lo sé, y el medio no hallo
de remediar nuestro crimen.
Continuas dudas me oprimen,
y sufro, y vacilo y callo.
Pero no temas; jamas
romperá sus ligaduras
el rey; las sombras oscuras

siempre en sus ojos verás.
Sujeto á nuestros engaños
siempre estará, y no te asombre,
pues no puede ser ya hombre
quien fué niño tantos años.

RAMIRO. Me parece tu opinion
fundada de todo punto...
más hablemos de otro asunto
que mas llama mi atencion.
Enamorado suspiro,
y en viva inquietud afaño
por tu hija hermosa...

GONZAL. Su mano
es ya tuya, don Ramiro.

RAMIRO. Mas busca doña Jimena,
con espaciosas razones,
á la boda dilaciones
que me dan temor y pena.
Don Gonzalo, receloso
con dilacion tan estraña
estoy; cuando de campaña
vuelva, quiero ser su esposo.

GONZAL. Lo serás.

RAMIRO. Parto seguro,
porque tu promesa llevo.

GONZAL. Mi palabra te renuevo.

RAMIRO. ¿Me lo juras?

GONZAL. Te lo juro.

RAMIRO. Adios, don Gonzalo.

GONZAL. Espera.
El rey llega apresurado,
con el cabello erizado
y el rostro como la cera.

ESCENA VI.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.—EL REY *en un estado de
convulsion, y volviendo la cara receloso.*

GONZAL. ¿Qué os amedrenta, señor?

REY. Nada, nada. Estais aqui

tranquilos: no es cierto?

RAMIRO. Si.

GONZAL. ¿Qué causa vuestro temor?

REY. Tranquilamente dormía
en extásis halagüeño,
cuando interrumpió mi sueño
una ronca gritería.
Sobre los blandos cojines
me incorporé soñoliento,
y ya asordaban el viento
atabales y clarines.
Confusamente corrian
relinchando los caballos,
y con sus herrados callos
las duras losas herian.
Cuando el temblor de la tierra
avivaba mis alarmas,
percibi ruido de armas
y gritos de «Guerra, guerra.»
Con indecible ansiedad
llamo, busco, á nadie encuentro,
y temo que el moro dentro
esté de nuestra ciudad.
Confuso tiemblo, vacilo;
á esta cámara turbado
llego, pero á vuestro lado,
bien lo veis, estoy tranquilo.

RAMIRO. Desechad todo temor,
pues ese hélico alarde
prueba que salgo esta tarde
contra los moros, señor.
Nuestros valles, nuestras sierras
á sangre y fuego talando
están; á morir lidiando
voy, ó á echarlos de tus tierras.
No sé si querrá la suerte
galardonar mi valor;
quien busca en la guerra honor,
encontrar suele la muerte.

REY. ¿Llevas muchos escuadrones?

RAMIRO. Contra esa morisca vil
marchamos, señor, diez mil
caballeros y pconés.

Pero en tan cruda campaña,
de vuestra hueste aguerrida
mas de dos tercios sin vida
se quedará en la montaña.

REY. Renuncia, pues, á lidiar;
ese proyecto abandona.

RAMIRO. A los muros de Pamplona
nos vendrá el moro á buscar.
Y pisando en sus enojos
este sagrado recinto,
lo vereis en sangre únto
con vuestros turbados ojos.

REY. Es cierto. De tu opinion
soy. Lleva lejos la guerra,
y que no pise esta tierra
el moro. Tienes razon.

RAMIRO. Muy pronto vendrán aqui
los bizarros capitanes
que han de secundar mis planes.
Vos los recibireis.

REY. Si!

GONZAL. Y, para inspirarles fé,
con animosas razones
hablad á esos campeones.

REY. Vosotros; yo no sabré.

GONZAL. Sin embargo...

RAMIRO. Vos, señor,
teneis razon: á unos y otros
les hablaremos nosotros.

REY. Si, porque lo hareis mejor.

GONZAL. Con rostro tranquilo, ledo
estareis; cual corresponde
á vuestro decoro.

REY. Conde,
¿vas tú á la guerra?

GONZAL. Me quedo.

REY. Pláceme. Solo estaria
en continuo sobresalto,
y si dieran un asalto
nadie me defenderia.

GONZAL. Olvidad esos afanes.

RAMIRO. Y permitid que os dejemos;
pues muy pronto volveremos

REY. con los demas capitanes.
Bien. Prepara la jornada,
y no te detengas mucho.
(Ruido de armas, clarines y caballos.)
¿Qué es eso? ¿Qué ruido escucho?

GONZAL. No temais.

REY. No temo nada.

ESCENA VII.

EL REY.

Ya estoy solo. Siento en mí
un temor que no comprendo.
¿Por qué ese marcial estruendo
ha de atormentarme así?
¿Por qué mas y mas me aterra
cuando quiero ser mas fuerte?
¿Por qué anuncian luto y muerte
esos aprestos de guerra?
La guerra... Terrible empeño
que causa profundos males.
Mas ¡por qué los atabales
interrumpieron mi sueño!
Era tan feliz soñando
con ella, siempre con ella;
y me pareció mas bella
arrodillada y llorando.
Yo no sé por qué gemia,
pero indicaba su duelo
que remontaba hasta el cielo
alguna plegaria pia.
y esa tinta de dolor
que velaba su semblante,
Hevaba á mi pecho amante
nuevos encantos de amor.
Ilusion liviana fué,
de recuerdos halagüenos.
Si era tan feliz en sueños,
¿por qué, desperté?

ESCENA VIII.

EL REY.—SÁNCHA.

REY. ¿Quién es?

SÁNCHA. Perdonad, señor,
si llegué hasta aquí.

REY. No, Sancha,
me alegro mucho de ver
del buen Fortun á la hermana.

SÁNCHA. Señor, por vuestras bondades
Fortun y yo os damos gracias,
que no es fácil merecerlas
siendo tan grandes y tantas.

REY. Tu padre, sirviendo al mio,
dicen que murió en la batalla,
y dar amparo á sus huérfanos
sagrado deber me manda.
Ademas el buen Fortun
me sirve desde la infancia,
y constante en mi servicio,
de mi lado no se aparta.

SÁNCHA. Señor, mi hermano posee
toda vuestra confianza,
y no fuera de ella digno
si no aspirase á pagarla.
Hoy el temor de ofenderos
tanto le aflige y embarga,
que yo, señor, en su nombre
vengo á esponer su demanda.

REY. ¿Teme llegar á su amigo?
La razon no alcanzo: habla.

SÁNCHA. Contra los moros, señor,
que vuestras provincias talan,
hoy mismo deben salir
los guerreros de Navarra.
Para pagar de su rey
las mercedes soberanas,
mi hermano, señor, pretende
salir tambien á campaña;

- pues aunque encuentre en la lid
el hierro de aguda lanza,
feliz será si por vos
toda su sangre derrama.
- REY. ¡Jamás! No permitiré
que de mi palacio salga.
¿No sabes, Sancha infeliz,
que en esos combates matan?
- SANCHA. Lo sé, señor.
- REY. ¿Y te atreves
á pedir que Fortun vaya
á dejar su vida en nuestras
fragosísimas montañas?
- SANCHA. Señor, me atrevo á pedirlo
una vez y otra á tus plantas,
como el mas grande favor
y la mas suprema gracia.
- REY. Pues yo, Sancha, te la niego.
- SANCHA. Gran señor, comprended...
- REY. Calla.
- SANCHA. Perdonadme, si han podido
ofenderos mis palabras:
y tomo vuestra real vénia...
- REY. No me has ofendido: aguarda.
Quiero pedirte un favor,
que es mi mas dulce esperanza.
- SANCHA. Mandarme, señor, direis:
el rey no pide que manda.
- REY. Los reyes piden alivio
para los males del alma.
Tú eres de doña Jimena
mas amiga que criada,
y como trato á Fortun
la hija del conde te trata.
De su divina hermosura
es esclavo tu monarca,
pero la adoro en silencio
porque no me atrevo á hablarla.
En mi pobre corazon
arde la amorosa llama,
intensa, grande, escondida,
como entre nieve la lava.
Incendio que sin descanso,

cauteriza las entrañas,
pero que anuda la voz
al llegar á la garganta.
Siempre que á doña Jimena
encuentro sola, mis ansias
me dicen que la dirija,
cien amorosas plegarias;
pero el temor de ofenderla,
y el deseo de agradarla,
enemigos de mi dicha,
la voz en mi labio apagan.
Tantas veces he intentado
dominar con arrogancia
esta timidez, y han sido
tantas mis fatigas vanas,
que, para de mis temores
apurar la copa amarga,
quiero que tú la declares
cuanto mi corazón guarda.
Tú la contarás mis penas,
tú la dirás mi constancia,
y que su amor por momentos
me dá la vida y me mata.

SANCHA. Cumpliré vuestro mandato
como obligación sagrada;
mas ved que doña Jimena

REY. se dirige hácia esta cámara.
Te dejo. Tras las cortinas
quiero escuchar tus palabras,
para saber por mí mismo
mi ventura ó mi desgracia;
si cariñosa me premia,
ó si me desdénia ingrata.

ESCENA IX.

SANCHA.—DOÑA JIMENA.—EL REY, *oculto tras las cortinas de sus habitaciones.*

JIMENA. Sancha, me alegro de hallarte,
pues en tu busca venia.

SANCHA. Yo también, señora mía,

- JIMENA. tengo en secreto que hablarte.
¿Asunto será de mucha
gravedad?
- SANCHA. Tienes razón.
- JIMENA. Te escucho con atencion.
- SANCHA. *(A media voz á doña Jimena.)*
Tambien el rey nos escucha.
(Alzando la voz.)
Escuchar debes, señora,
sin que mi discurso atajes
hasta saber los mensajes
que voy á decirte ahora.
Y escucharme en buena ley
debes con grande bondad...
- JIMENA. Picas mi curiosidad.
- SANCHA. Pues hablo en nombre del rey.
- JIMENA. ¿En nombre del rey? Por Dios,
Sancha; tú te has vuelto loca.
- SANCHA. Dar su mensaje me toca.
- JIMENA. ¡Mensajes entre los dos!
No alcanzo por vida mia,
y de admiracion me llena,
que envíe un mensaje á Jimena
el señor rey don Garcia.
- SANCHA. Es digna tan noble dama
de recibir homenaje
de un rey.
- JIMENA. ¿Qué dice el mensaje?
- SANCHA. Señora, que el rey te ama.
- JIMENA. Consejo de tu invencion
es, y de muy mala ley;
porquc burlarse del rey
en ningun caso es razon.
- SANCHA. Nunca ofenderlo creí,
señora, con mi relato;
pues he cumplido un mandato
del rey hablándote asi.
- JIMENA. Declaracion singular,
y pretension increíble:
no me ama él rey; imposible.
Es muy débil para amar.
- SANCHA. Con acento fervoroso
retrató su pasion pura.

JIMENA. ¿Y puede amar por ventura
quien se apellida el *Tembloso*?

SANCHA. Jura que en su pecho arde
un volcan abrasador.

JIMENA. No puede entrar el amor
en el pecho de un cobarde.

SANCHA. En extraño desvarío
hablas. Que es tu rey comprende.

JIMENA. Solo el valiente se ofende
de que duden de su brio.
El rey, de su noble raza
desmereciendo medroso.
ante el jabalí ó el oso
la espalda vuelve en la caza.

Y para mayor mancilla,
se agarra ¡ueve baldon!
á la crin de su bridon
por no caer de la silla.

Y, ni agarrado á la crin
se atreve á marchar á donde
lo cita el moro; se esconde
en cuanto suena el clarin.

Su corazón de la gloria
al noble impulso no late,
ni sabe que es el combate
la senda de la victoria.

Perdiendo sus mocedades
ni conserva ni conquista;
y á su edad Iñigo Arista
ganado habia ciudades.

Degradado descendiente
del inclito Sancho Abarea,
es deshonor de un monarca
tan altivo y tan valiente.

Y huyendo de los negocios,
arranca de su memoria
las pájinas de la historia,
para morir en sus ócios.

Juzga si en su corazón,
tan lleno de cobardía
puede arder ni un solo día
el fuego de una pasión.
Juzga si podrá encender

lanta nieve, oprobio tanto,
amor poderoso y santo
en un alma de mujer.
Juzga si partirá ó no
esa llama fujitiva,
una mujer tan altiva
y tan firme como yo.

SANCHA. Su dignidad esplendente
da prestigio á su persona.

JIMENA. ¿De qué sirve una corona
á quien humilla la frente?
Yo, que de noble y honrada

gallardamente blasono,
un hombre prefiero á un trono,
prefiero á un cetro una espada.

SANCHA. Del monarca obedecida,
tú reinarás en su nombre.

JIMENA. No quiero mandar á un hombre,
quiero ser su protegida.

Y nunca pondré en olvido,
pues recordarlo merece,
que una mujer se envilece
humillando á su marido.

SANCHA. ¿Rechazas en conclusion
el eterno nupcial lazo
del rey?

JIMENA. Sancha, lo rechazo
con todo mi corazon.

SANCHA. Mas con tu ruda franqueza
al monarca has ofendido.

JIMENA. Cuéntale cuanto has oido,
si no te falta firmeza,
y hazle que apure la hiel
que mi repulsa contiene,
porque quizás le conviene
saber cómo piensan de él.

SANCHA. Mucho el rey lo sentirá.

JIMENA. Vámonos á mi aposento,
y olvidemos este cuento.
El tambien lo olvidará.

ESCENA X.

EL REY.

«No puede entrar el amor
en el pecho de un cobarde.»
Pues entonces ¿por qué arde
aquí un fuego destructor?
¿Por qué tus palabras suenan,
repetiéndose en mi oído,
y al corazón oprimido
de hiel y veneno llenan?
¿Por qué me hieren así
palabras que no comprendo,
pero que me están diciendo
que no soy digno de ti?
¿Cuántos tesoros de pena
has derramado, cruel!
El hondo cáliz de hiel
apuro, doña Jimena.
Y este llanto que el rey vierte
al rigor de tus enojos,
si es llanto amargo en los ojos,
es para el alma la muerte.
Bien tu insultante desvío
ahora el monarca comprende;
y, aunque cobarde, se ofende
de que dudes de su brio.
Por siempre tu rigoso
desden mata su ventura,
que puede amar con locura
quien se apellida el *Tembloso*.
Y para que su cariño
ó te enternezca ó te asombre,
el que no sabe ser hombre
llora por ti como un niño.

ESCENA XI.

EL REY, *sentado y cubierto el rostro con las manos.*—*Un momento despues* FORTUN.

FORTUN. Señor. ¿Qué teneis? ¡Llorando
estais!

REY. Llorando, si á fé.
Mas como nunca lloré,
que el llanto sale quemando.
Pero cese tu rubor,
Fortun, porque ya no lloro.
Quien no lidia contra el moro,
dime ¿es cobarde?

FORTUN. Señor.

REY. No esquivas con humildad
mi pregunta; no hagas vano
mi intento. Tu soberano
quiere saber la verdad.

FORTUN. Cuando el moro armipotente
acomete en tren de guerra,
quien no defiende su tierra
no da muestras de valiente.

REY. Por eso tú me has pedido,
como valiente y leal,
salir con la hueste real.

FORTUN. Y me lo habreis concedido.

REY. Doliéndome de tu suerte,
negué mi vénia.

FORTUN. Señor,
dejadme ganar honor,
aunque me espere la muerte.

REY. Si las batallas dan honra
al vasallo que pelea,
cuando un rey su ardor no emplea
en combatir, se deshonra.
Y si en peligro un soldado
ve su honor, quedando quedo,
yo, que no lidio de miedo,
estoy, Fortun, deshonorado.

FORTUN. Vuestros capitanes...

REY. Si,

alcanzarán la victoria.
Para ellos será la gloria
y la infamia para mí.
Para mí, débil monarca,
que no encuentre una conquista,
que deshonro á Iñigo Arista
y á mi abuelo Sancho Abarca.

FORTUN. Haced, señor, que comprenda
la causa de esos enojos.

REY. Han quitado de mis ojos,
Fortun, la tupida venda.

FORTUN. ¿Quién ha osado abrir en vos
esa llaga que asesina?

REY. La providencia divina;
los altos juicios de Dios.

FORTUN. Ese divino decreto,
que os mortifica y aterra,
¿quién lo ha cumplido en la tierra?

REY. Ese es, Fortun, mi secreto.
Secreto que vivirá
solo en la memoria mía,
y luego en la tumba fría
conmigo se encerrará.
Secreto que á mi dolor
añade nuevos quitates,
y traba rudos combates
entre mi miedo y mi honor.
Pues sin ninguna piedad,
y aun con intencion siniestra,
toda la estension me muestra
hoy de mi debilidad.
Y aunque se rompe mi frente,
y aunque mi corazón arde,
comprendo que soy cobarde,
y no puedo ser valiente.
Cada vez mas me desgarran
un roedor remordimiento.
¡Oh! ¿Comprendes el tormento
del pobre rey de Navarra?
(*Se sienta abatido.*)

FORTUN. Con violento frenesí

no colmeis vuestros afanes ;
que en breve los capitanes
han de presentarse aqui.
Justo será que al olvido
dadas vuestras penas sean ,
señor , para que no os vean
angustiado y abatido ,
pues no debe don Garcia
mostrar ante sus soldados ,
ni el peso de sus cuidados ?
ni asomo de cobardia.
Muéstrales , señor , que volas
por gloria y poder altivo...
y mira que ya percibo
el ruido de sus espuelas.

ESCENA XII.

*EL REY , profundamente abatido. — FORTUN , que se coloca
detras de la silla del monarca. — DON GONZALO se pone
á su izquierda. — DON RAMIRO y los CAPITANES que lo
acompañan , enfrente.*

RAMIRO. Los capitanes , señor ,
prontos á entrar en campaña ,
que van á arrostrar la saña
del moro batallador ,
en su marcial egercicio
te dan pruebas repetidas
hoy de que estiman sus vidas
en menos que tu servicio.
Ganosos de combatir ,
dispuestos á perecer ,
marchan , señor , á vencer
con ánimo de morir.
Y si el momento retardan
de lidiar como valientes ,
es , señor , porque obedientes
tus mandamientos aguardan.

GONZAL. A tan nobles capitanes ,
gefes de tan brava grey ,

yo, Conde, en nombre del rey
agradezco sus afanes.

Seguros de la victoria,
con ánimo heróico lidien,
para que todos envidien
el galardón de su gloria.

Y tan fuertes campeones
cobrarán mas noble brio,
señor, si al discurso mio
añadís vuestras razones.

REY.

(*Turbado.*)

Agradezco la lealtad
que tanto esfuerzo pregona
y ese amor á mi persona
y á mi régia dignidad.

Partid, y tantos trofeos
vuestrós esfuerzos abonen,
que plenamente coronen
mis mas ardientes deseos.

Y lejos de la muralla
llevad mi amor y mi fé.

ESCENA XIII.

EL REY.—FORTUN.—DON GONZALO.—DON RAMIRO.—CAPI-
TANES.—DOÑA JIMENA, *que aparece á la puerta de sus*
habitaciones.—SANCHÁ.—*El rey se levanta al ver á*
doña Jimena, y haciendo un violento esfuerzo, habla.

REY. Mis órdenes os daré
sobre el campo de batalla.

RAMIRO. Ordenes que recibí
de rey tan prudente y sabio,
os repetirá mi labio
cuando lleguemos allí.
Y muy persuadido esloy
de que hará vuestro heroismo...

(*Doña Jimena se adelanta.*)

REY. (*Haciendo un gran esfuerzo.*)

Se las dictaré yo mismo.

RAMIRO. (*Sorprendido.*)

- REY. ¿Vos?
(Violentándose.)
Con mi ejército me voy.
- RAMIRO. Correr vos de las batallas
la triste y dudosa suerte?
- REY. (Adelantándose.)
Vamos á buscar la muerte.
- RAMIRO. Antes vestireis las mallas.
Pues mal el mejor guerrero
en rudos combates queda,
si viste traje de seda
y no maneja un acero.
(El rey retrocede avergonzado; doña Jimena se acerca á las manoplas y coge un yelmo y una espada.)
- JIMENA. Armado nuestro monarca,
llevar debe á la conquista...
(Adelantándose resuelta.)
La espada de Iñigo Arista
y el yelmo de Sancho Abarca.
Y pues hombre de tal ley
no hay que merezca el acero
ceñir al rey, caballero
yo, dama noble, armo al rey.
(El rey dobla la rodilla ante doña Jimena.)
A que volvais os conjuro
la prenda que os doy honrada.
¿Sobre la cruz de esta espada
me lo jurais?
- REY. Os lo juro.
Y, para que mas me obligue,
juro señora, por vos.
- JIMENA. Si cumplis que os premie Dios,
y si no que os lo castigue.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO.

Intrincado laberinto
voy recorriendo confuso,
y mas se ofusca mi mente
cuanto mas pienso y discurro.
No sé quien ha dado al rey
ese belicoso impulso,
que lo lanzó á los combates
con apariencias de júbilo.
Sin noticias de la hueste
han trascurrido ya muchos
días, é incierto y receloso
con mis dudas me confundo.

De una irreparable falta
estoy recogiendo el fruto,
y bien pago mi grandeza
con los tormentos que sufro.

ESCENA II.

DON GONZALO.—Nuño en traje de guerra y empolvado.

NUÑO. (*Presentando un pliego á don Gonzalo.*)
Tomad, gran señor.

GONZAL. ¡Qué veo!
¿Quién á mi te envia, Nuño?
¿Qué es del rey, qué de la hueste?...
¿Por qué permaneces mudo?...
Este pliego...
(*Abre el pliego y lee.*)

„Don Gonzalo,
cumpliéndome, como es justo,
una sagrada promesa,
en la cual mi dicha fundo;
quiero que hoy mismo prepares,
con el secreto oportuno,
cuanto concierne á mi boda,
que ha de celebrarse al punto.
Harto esperé de dos años
en el pausado trascurso,
y á la promesa de un noble
con seguridad recurro.”
Firma el conde don Ramiro,
y me estremece este anuncio.
Nada dice de combates,
de derrotas ni de triunfos!
y me alarman sus palabras
mas cuanto mas las estudio.
¿Tienes, señor, que mandarme?

NUÑO.

GONZAL.

NUÑO.

GONZAL.

No puedo

responderte.

¿Viste luto

la hueste?... Callas.
NUÑO. Señor,
callando mi deber cumplo.
¿Teneis que mandarme?
GONZAL. Mando
que me respondas.
NUÑO. Escucho
humilde tu mandamiento.
GONZAL. ¿Rehusas cumplirlo?
NUÑO. Rehuso.
GONZAL. Sabes que puedo...
NUÑO. Entregar
podeis mi cuello al verdugo.
¿Teneis que mandarme?
GONZAL. Vete,
ya que aquí no te sepulto.

ESCENA III.

DON GONZALO, *paseándose agitado.*

Ni nuevas me dió del Conde
ni del rey, y, siempre adusto,
ni una palabra arrancarle
pude por nada del mundo.
¡Insoportable cadena,
que me sujetas al yugo!
¿tus dorados eslabones
no he de romper uno á uno?
¿No ha de cesar la honda pena
en que mis años consumo?
¡Vana esperanza! Del crimen
nunca se desata el nudo.
(*Cae abatido sobre un sillón.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO.—DOÑA JIMENA.

JIMENA. Te encuentro padre y señor,
preocupado, triste, místico,
y está inclinada tu frente
al peso de los disgustos.

GONZAL. No: mas la ausencia del rey,
y ese misterio profundo
en que está envuelta la hueste,
me inquietan, te lo aseguro.

JIMENA. ¿Nada sabes del rey?

GONZAL. Nada.

JIMENA. ¿Temes?...

GONZAL. Que á los cinco lustros
en el campamento moro
haya encontrado sepulero.

JIMENA. Es imposible. Podrá
morir el monarca al duro
boto de una lanza en otra
campaña, yo no lo dudo;
pero en su primer encuentro
no corre peligro alguno.

GONZAL. ¿Esa ciega confianza
en qué la fundas?

JIMENA. La fundo
en que no ha de trocar Dios
su noble ambicion en humo,
ahora que la nave real
empicza á seguir buen rumbo.
Y pues maneja una espada
el rey, y embraza un escudo,
siguiendo la noble senda
de sus abuelos augustos;
combata y baje á la fosa
cuando pueda con orgullo
con las moriscas banderas
ganadas cubrir su túmulo.
Pero tu frente de nuevo

se oscurece, y á un oculto
pesar tú rindes, señor,
en este instante tributo.

GONZAL. Nunca, Jimena, pesares
á tu lado disimulo,
y ya que solos estamos,
quiero hablarte de un asunto.
Sabes que el Conde ha de ser
muy en breve esposo tuyo,
y que, al salir á campaña,
á ti y á mí nos propuso
para día de las bodas
el de su vuelta. Presumo
que no ha de tardar, y quiero
cumplir mi palabra.

JIMENA. Juzgo
que debe tardar.

GONZAL. Quizás
se halle dentro de los muros
de Pamplona.

JIMENA. ¿Sabeis?...

GONZAL. Nada.

¿Mas por qué tus ojos tñrbios
están de llanto, Jimena?

JIMENA. *(Haciendo un grande esfuerzo.)*
Estan mis ojos enjutos.

GONZAL. La causa de ese dolor,
tan callado cuanto agudo,
sepa...

JIMENA. *(Sonriendo.)*

El amor que me tienes,
inmenso, afanoso y puro,
es de tu tranquilidad
el implacable verdugo.
Imaginas que hallo penas
en lo que tengo mis gustos,
y te atormentas creyendo
que yo me atormento y sufro.
Prepara, pues, nuestras bodas
con gran esplendor y lujo,
que, siendo los dos tan nobles,
solemnizarlas es justo.
Yo brillaré, como brilla

en el rosal el capullo,
y envidiarán mi ventura
cien hermosas de consuno.
Reina me hará de la fiesta
la dulce emoción del júbilo,
porque mujer mas dichosa
no se ha de hallar en el mundo.

GONZAL. La palidez de tu rostro
contradice tu discurso.

JIMENA. ¡La palidez!.. Estoy pálida,
porque es mi contento sumo;
y que daña la alegría,
señor, lo sabe hasta el vulgo.
Sin que me obliguen razones
fuera de mi propio impulso,
que llegue el Conde, y verás
como mis promesas cumplo.

ESCENA V.

DON GONZALO.—DOÑA JIMENA.—DON RAMIRO *en traje de guerra.*

RAMIRO. Aquí, señora, te ves,
tan fino como constante,
que agradecido y amante
te besa humilde los piés.
Permite, pues, que te preste
de su amorosa porfia
homenaje.

GONZAL. ¿Y don Garcia?

RAMIRO. Se ha quedado con la hueste.

JIMENA. ¿Haciendo frente quedó
el rey al moro?

RAMIRO. Señora,
si amagára hueste mora,
aquí no estuviera yo.
Pues fuera traición estraña
imprudencia y error grave,
dejar á un rey, que no sabe

lidiar, seguir la campaña.
Vine, porque á los infieles
cechamos de nuestras sierras;
porque talamos sus tierras,
porque ceñimos laureles.
Porque nuestros valles, rojos
con sangre mora, cubiertos
están de enemigos muertos
y de sus ricos despojos.
Porque la hueste bizarra
coronas ciñó á su sien.
Todos se han portado bien.

JIMENA. Incluso el rey de Navarra.

RAMIRO. Mucho el rey os interesa.

JIMENA. Quiero saber á fé mia
si se portó don Garcia
bien en su arriesgada empresa.
Y que estoy interesada

RAMIRO. es, don Ramiro, patente,
que ceñí un yelmo á su frente
y di á su diestra una espada.
Pues del jóven soberano,
á pesar de su grandeza,
dobló el yelmo la cabeza,
tembló la espada en la mano.
Y aunque mucho sorprendió
su primer marcial alarde...

JIMENA. ¿Huyó el monarca cobarde
ante el enemigo?

RAMIRO. No.
Pues, empeñada la lid,
del corcel descabalgando,
aunque pálido y temblando,
se tuvo firme.

JIMENA. Seguid.

RAMIRO. Y al frente de un escuadron,
balbuciente, mas constante,
gritaba siempre: «Adelante»
con noble resolucion.

JIMENA. Seguid.

RAMIRO. ¿Os causa contento
la noticia?

JIMENA. Conde, sí;



que hizo el monarca por mi
un solemne juramento.

Y á su fama y á mi fama
brillo dará en buena ley,
que cumpla fielmente el rey
lo que prometió á una dama.

RAMIRO. Noble observacion es esa,
que bien en los labios vá
de la que dispuesta está
á cumplir hoy su promesa.
Y como impaciente espero
el momento deseado,
al mismo tiempo he llegado
casi que mi mensajero.

GONZAL. Ahora mas cumple en verdad,
para tu honor y tu gloria,
la nueva de la victoria
estender por la ciudad.

JIMENA. Y al son de marcial clarin
decir al pueblo navarro
que ya tiene un rey bizarro,
un valiente paladin.

RAMIRO. El entusiasmo, por Dios,
Conde, muy lejos te lleva;
callar debes esa nueva
hasta que hablemos los dos.
Y ya que nuestro secreto,
doña Jimena has oido,
que lo reserves te pido.
¿Lo prometes?

JIMENA. Lo prometo.

Sin tanta solicitud
puedes conservar la calma,
que es una tumba mi alma
y el silencio su virtud.
Ni para saber espío,
ni el secreto que sorprendo
por inadvertencia vendo,
ni aun mis propias penas fio.
Y con sobrada razon,
en vez de cargos hacerme,
alguien pueda agradecerme
mi continua discrecion.

RAMIRO. Señora. . .

JIMENA. No corresponde
contestar á lo que acaba
de decir mi labio ; hablaba
sin dirigirme á vos, Conde.
Y para que mas no tarde
la esplicacion, don Ramiro,
á mi estancia me retiro,
señor, y que el cielo os guarde.

ESCENA VI.

DON GONZALO.—DON RAMIRO.

RAMIRO. Siempre ha de estar, por mi vida,
aun mas altiva que hermosa.
Ya se aleja desdeñosa.

GONZAL. No, que se aleja ofendida.
Pues los motivos no alcanza
de nuestra inquietud intensa,
y, en su noble orgullo, piensa
que hacemos desconfianza.

RAMIRO. ¿Tu amor paternal querria
revelárselos?

GONZAL. Quimera;
pues si mi crimen supiera,
quizas me aborreceria.
Mas dejando esta cuestion,
ahora que solos estamos,
¿por qué á la ciudad no damos
cuenta de la espedicion?
Si de la victoria el brillo
su claro esplendor derrama,
mucho crecerá tu fama...

RAMIRO. Ha sido el rey el caudillo.
Aunque mi poder es grande,
estaba allí su persona;
y quien lleva la corona
siempre manda aunque no mande.

GONZAL.. Si, Conde: tienes razon.
El es el gefe supremo.

RAMIRO. Mira, don Gonzalo, temo
que se despierte el leon.
Yo le representé en vano
cuanto arriesgaba su vida;
y aunque le tuve la brida,
me fué ganando la mano.
¡Oh! mucho me han sorprendido
esos ímpetus guerreros...
El rey tiene consejeros
y su consejo ha seguido.
Fuerza es á la esclavitud
volverlo con dura rienda,
y apretarle mas la venda
que cegó su juventud.
Pronto está á romper el yugo
que le molesta y le aflige...

GONZAL. ¿Pretenderás por ventura,
dar al monarca la muerte?

RAMIRO. No lo condeno á una suerte
tan implacable, tan dura.
Solo pretendo apagar
la luz que alumbra sus ojos,
que encuentre penas y enojos
do honor espera encontrar.
pretendo que su presencia,
si mi plan tu auxilio abona,
solo produzca en Pamplona
disgusto ó indiferencia.
Quiero que su corazon,
despues de batalla fiera,
en donde aplausos espera
desden encuentre y baldon.
Y espero con desleal,
astuto y continuo embate,
probarle que en el combate
se portó mil veces mal.
Así, lleno de rubor,
desdeñado y afligido,
vivirá mas retraido
y reinaremos mejor.

GONZAL. ¿Cómo podrás arrancar

- ese general desden?
- RAMIRO. Engañando á todos bien
antes de al rey engañar.
- GONZAL. Si la hueste vió sus bríos,
¿de qué servirán tus planes?
- RAMIRO. Solo ven los capitanes,
y esos, Gonzalo, son míos.
Ademas, siempre marché
al lado de mi señor;
hice notar su temblor -
y sus razones callé.
- GONZAL. Mas peligros correremos
si nuevas faltas añades.
- RAMIRO. No pongas dificultades
y todo lo venceremos.
En cuenta debes tener
para fijar tu destino,
Conde, que en nuestro camino
no es fácil retroceder.
- GONZAL. Con tantos años de afán,
de luchas tan empeñadas,
están mis fuerzas gastadas.
- RAMIRO. Pues las mías no lo están.
De esta arriesgada aventura
llevaré la carga toda;
tú en tanto dispon mi boda
con secreto y con premura.
Pues la destructora llama
de mi arrogante ambicion
no estingue en mi corazón
la de ese amor que le inflama.
El fuego que me devora
no des un punto al olvido.
- GONZAL. Todo estará prevenido.
- RAMIRO. ¿Cuándo?
- GONZAL. Dentro de una hora.

ESCENA VII.

DON RAMIRO.

Vé, y en tanto que dispones
de la dorada cadena
que ha de ligarme á Jimena
los últimos eslabones,
tiempo de examinar es
á solas conmigo mismo,
la inmensidad del abismo
que se presenta á mis piés.
El rey, que aun está en campaña,
despues de sueño tan largo
va saliendo del letargo
en que lo sumió mi maña.
Don Gonzalo, sin aliento
para seguir el combate,
al duro peso se abate
de un roedor remordimiento.
Y menguando cada vez
su incontrastable osadía,
prueba que la mano fria
lo toca de la vejez.
Doña Jimena se rinde
á la autoridad paterna,
sin que agradecida ó tierna
amor por amor me brinde.
Y buscando de alta ley
amparo que bien le cuadre,
á la autoridad del padre
quiere oponer la del rey.
Por eso turba el reposo
del abatido monarca,
y el yelmo de Sancho Abarca
ciñe á Garcia el *Tembloso*.
Por eso, con diestro ardid,
su fascinacion emplea,
y al rey lleva á la pelea
y lo sostiene en la lid.

Por eso enciende la llama
en el rey de un amor puro...
porque yo estoy bien seguro
de que el monarca la ama.
Y se dice. »Si consigo
»enlazarme al soberano,
»libro, al dar al rey mi mano,
»á mi padre del castigo.»
Discreta discurre así,
pero yo tambien prevco
que si cumple su deseo
será el daño para mí.
Aprovecho la ocasión,
ahora que tiempo me dejan.
que esta boda me aconsejan
mi pasión y mi ambición.

ESCENA VIII.

DON RAMIRO.—NUÑO.

NUÑO. Señor...

RAMIRO. Nuño. Sin aliento
llegas. ¿Qué tienes? Responde.

NUÑO. A las puertas de Pamplona,
en dos caballos veloces,
cubiertos de espuma y polvo,
se han presentado dos hombres.

RAMIRO. El capitán que las guarda,
Nuño, cumpliendo mis órdenes,
habrá impedido que entren
en la ciudad.

NUÑO. Señor, oye.
Los dos ginetes, que en traje
de guerra vienen, acordes
en no desculrir los rostros,
con ruegos y con razones
quisieron ganar la entrada.
No lo lograron, y entonces
mostró su rostro Fortun,
el paje del rey : négóle

paso el capitán ; instó
con desaforadas voces ,
pero siguió el capitán
insensible como un bronce.
Viendo que no conseguían
ni amenazas ni clamores
ablandarlo, al punto el rostro
mostró el segundo; era un jóven.
Jiraron las puertas duras
sobre sus robustos goznes,
y cayó el puente...

RAMIRO. ¿Era el rey?

NUÑO. Ahora hácia palacio corre.

RAMIRO. ¡El rey en Pamplona!... ¡Ira
de Dios! ¡Y no hay quien le estorbo
la entrada? No... Ya comienzan
á serme todos traidores.

NUÑO. Mas veloz que los caballos
he venido. ¿Qué dispones?

RAMIRO. Tienes razón; es preciso
aprovechar esta noche.
Es preciso que yo encuentre
medios de parar el golpe.
Cuando mas te necesito,
astucia, no me abandones.
(Pausa.)

Dime, Nuño, ¿de la guerra
habló el rey?

NUÑO. No.

RAMIRO. Di, ¿su porte

era altivo?

Como siempre,

NUÑO. humilde.

RAMIRO. Nuño, disponte

á cumplir, como tú sabes,
todas mis disposiciones.

Es preciso que Pamplona
inmediatamente llóre

la pérdida de la hueste

y todos sus campeones.

Es preciso que le pintes

tantos y tantos horrores,

que la primera impresion

difícilmente se borre.
Es preciso que del rey
el alma cobarde y torpe,
haya perdido en el campo
los navarros escuadrones.
Es preciso que se sepa
que el régio alcazar esconde
mi vergüenza y la cobarde
debilidad del rey. Ponle
al pueblo de manifiesto
dos mil soñadas traiciones,
y haz que con gritos de muerte
al rey y á mi nos acose.

NUÑO.

¿Contra tí tambien?

RAMIRO.

Sí, Nuño.

Bueno es tomar precauciones
por si acaso el desenlace
á mi plan no corresponde.
Repitan los descontentos
con execración mi nombre,
y no habrá nadie que busque
en una víctima un cómplice.
Gran celo y resolución
necesitas.

NUÑO.

Me conoces
bien, y sabes que obraré
como conviene que obre.

RAMIRO.

Espera; cuatro caballos
pondrás al pié de la torre
del homenaje.

NUÑO.

Estarán
pronto los cuatro bridones.

RAMIRO.

Que los guarden cuatro amigos,
los mas fieles y mejores.

Vete, Nuño. Te confia
su vida y su honor un noble.

ESCENA IX.

RAMIRO.

Empeñada la partida
tienes y mucho te espones,
mas el todo por el todo
es preciso jugar, Conde.
Exijen grandes esfuerzos
las muy grandes ambiciones;
y si ahora es doble el peligro,
será el premio tambien doble.
Aquí vendrá el rey, aquí
has de hacer que se sonroje,
que ante tu mirada altiva
pida perdon y se postre.

ESCENA X.

DON RAMIRO.—EL REY. *El rey viene envuelto en su manto, y quiere retroceder cuando ve al Conde.*

RAMIRO. ¿Quién el osado guerrero
es que pisa esta morada
trayendo la faz velada?
Descúbrase el caballero.
(El rey vacila.)
Vacila y no me responde.
Ya peca de descoriés.
(Poniendo mano á la espada.)
Acabemos de una vez...
con la espada...

REY. *(Descubriéndose y en tono humilde.)*
Soy yo, Conde.

RAMIRO. ¡Vos en Pamplona, señor!
Seguramente creía
que estaba el rey don García
en puesto de mas honor.

- Porque la hueste dejando
tan sin motivo y tan presto,
probais que mal en un puesto
os hallais de honor y mando.
- REY. Muy irritado te miro;
mas mi venida perdona,
que ansiaba mucho á Pamplona
llegar, Conde don Ramiro.
- RAMIRO. ¿Quién os espuso cruel,
que tan pronto habeis llegado?
- REY. Fortun; y he venido atado
á la silla del corcel.
- RAMIRO. Estraña resolucion.
- REY. Empecé por resistirme;
pero he llegado tan firme
que bendigo su invencion.
Ya el peligro no me aterra
de combatir, porque hallo
que puedo atado al caballo
correr los trances de guerra.
- RAMIRO. Y si una lanza enemiga
postra al fogoso corcel,
¿qué hareis en tierra con él?
- REY. Yo no sé lo que te diga.
Pero en semejante estado
defenderme no podria,
y el contrario me heriria.
¡Oh! no iré á la guerra atado.
- RAMIRO. *(Para sí.)*
*(Con razon me prometí
sujetarlo como estaba.)*
- REY. ¿Qué dices?
- RAMIRO. Me preguntaba
á qué habeis venido aqui.
- REY. *(Despues de vacilar.)*
Cansado del campamento.
- RAMIRO. ¿Por qué, señor te sonrojas?
- REY. Conde, porque tú te enojas
de mi venida, y lo siento.
- RAMIRO. Ni me enoja ni es estraña.
Justo es que reposo quiera
quien sufrió por vez primera
las fatigas de campaña.

Mas para queja cumplida
un motivo me habeis dado.
¿Cuál?

REY.

RAMIRO. El de haberme ocultado
discreto vuestro venida.

REY.

En tu ausencia decidi...

RAMIRO.

Lo aplaudo de todos modos,
que aunque obrais mal para todos
siempre obrais bien para mi.

REY.

Si inadvertido ofenderte
pude, perdona.

RAMIRO.

Señor...

REY.

Y no me guardes rencor.
No quiero enojado verte.
Una y mil veces prometo
en todo tu parecer
seguir siempre, y no tener
para tí ningun secreto.

Mis ofensas al olvido,
noble y generoso, dá.

RAMIRO.

Mi queja olvidada está.

(Rumor muy lejano.)

REY.

¿No percibes algun ruido?

RAMIRO.

Será la dulce cancion
de algun amante que vela,
ó el grito del centinela
que guarda su torreón...

(El ruido se aumenta muy lentamente.)

REY.

Estoy escuchando atento,
y hasta mi llegan veloces
algunas confusas voces
que ráudas cruzan el viento.

RAMIRO.

Con tanta seguridad
afirmais, que voy dudoso
á ver quién turba el reposo
de la dormida ciudad.

Y si hay quien ose imprudente
turbar su profunda calma,
por Dios juro y por mi alma
que lo pagará...

(Se percibe un poco mas el rumor.)

REY.

Detente.

Ahora mas claros advierto

- y mas cercanos los gritos.
RAMIRO. ¿Qué querrán esos malditos?
REY. ¿Los oyes bien?
RAMIRO. Si por cierto.
Asordando va el espacio
su confusa gritería ;
mas yo haré, por vida mia...
(*Quiere salir.*)
REY. (*Deteniéndole.*)
No te muevas del palacio.
RAMIRO. Merece duro castigo
tan descarada insolencia ;
y no han de encontrar clemencia...
(*Quiere salir.*)
REY. Quédate, Conde, conmigo.
RAMIRO. Quien así falta á la ley
con descompuestos clamores,
debe sentir sus rigores.

ESCENA XI.

DON RAMIRO.—EL REY.—DOÑA JIMENA, *muy azorada.*

- JIMENA. Conde don Ramiro... ¡El rey!
(*Sorprendida y apoyándose en un sillón.*)
REY. ¡Doña Jimena!
RAMIRO. Vacila
confusa y acongojada.
¿Qué tienes, señora?
JIMENA. Nada.
RAMIRO. Tiemblas.
JIMENA. No; ya estoy tranquila.
RAMIRO. ¿Qué produce esa emoción,
á la par viva y profunda?
JIMENA. El pueblo la plaza inunda
en completa rebelión.
REY. Aquí de su furor loco
oi la voz aterradora.
RAMIRO. ¿Contra quién grita, señora?
JIMENA. Contra vos.
RAMIRO. Importa poco.

y respondo á su osadía
con mi profundo desden.

JIMENA. También grita...

REY. ¿Contra quién?

FORTUN. Contra vos, rey don García.
Grita en su atrevido alarde
que el real alcázar esconde,
en vos, un pérfido Conde;
y en vos...

REY. ¿En mí?..

JIMENA. Un rey cobarde.

RAMIRO. Llevará el pueblo, por Dios,
su digno escarmiento.

ESCENA XII.

DON RAMIRO.—EL REY.—DOÑA JIMENA.—NUÑO, *que se presenta con la espada desnuda y cierra la puerta del fondo.*

NUÑO. Advierte
que lanza gritos de muerte...

REY. ¿Contra quién?

NUÑO. Contra los dos.
En su ardiente frenesi
la acción á la queja añado,
el real alcázar invade
y se dirige hácia aquí.

RAMIRO. Voy á entregarle mi vida,
ó á poner fin á sus quejas.

REY. ¿Qué haré yo si tú me dejas?

RAMIRO. ¿Vos?... Apelad á la huida.

NUÑO. Mas no os detengais, señor,
pues veloz el tiempo corre.
Vamos, que al pié de la torre
caballos, y un servidor
encontraremos.

REY. No puedo
partir solo, conde; no.

RAMIRO. Partid con Nuño, que yo

quedo aqui.

REY. Tambien me quedo.

RAMIRO. No hay momentos que perder.
¿Quereis sufrir el insulto
de ese pueblo que en tumulto
se acerca?

REY. *(Interrogando á todos.)*
¿Qué debo hacer?

RAMIRO. Huir.

JIMENA. Manifestar bravura ;
mostrar, señor, mucha calma,
que la grandeza de alma
graves peligros conjura.
Huir, no. Debeis denodado
al pueblo, que en furor arde,
ese mote de cobarde
devolver, que él os ha dado.
Debeis arrostrar valiente
el rigor de sus enojos,
y con arrogantes ojos
contemplanlo frente á frente.
Debeis mostrar á Pamplona,
con indomable firmeza,
ó un cadáver sin cabeza,
ó una frente con corona.

RAMIRO. Yo no puedo sin traicion
permitir tales estremos.
Señor, que el tiempo perdemos
y se pasa la ocasion.

(Se oye el ruido á la misma puerta.)

Salid de aqui, por merced,
aunque la vida me cueste.

id en busca de la hueste
y con la hueste volved.

Vos encontrareis tranquila
la ciudad, ó yo habré muerto.

Salid pronto, porque advierto
que ya esa puerta vacila.

(El rey, que ha estado dudoso, se decide á marchar.)

REY. Conde, protéjate Dios
y haga próspera tu suerte.

RAMIRO. Nada me importa la muerte

JIMENA. si la recibo por vos.
No marchareis de ese modo.
(*El rey se detiene y se anima á medida que habla doña Jimena.*)
Cobarde no habeis de huir,
porque lo puedo impedir
y ya estoy dispuesta á todo.
Yo aconsejo lo mejor
en tan espuesta partida.
Quieren salvar vuestra vida,
quiere salvar vuestro honor.
Tendrá la rebelde grey
esas combatidas puertas
(*Descorriendo el cerrojo.*)
por mi propia mano abiertas.
¡Navarros, ahí esta el rey!

ESCENA XIII.

DOM RAMIRO.—EL REY, *que se adelanta denodadamente hácia el pueblo.*—DOÑA JIMENA.—NUÑO.—DON GONZALO Y FORTUN, *que se precipitan rompiendo los grupos.*—HOMBRES DEL PUEBLO, *que guardan silencio.*

REY. ¿Qué buskais?.. ¿Qué pedis?.. Nada

JIMENA. busca, pide, ni responde
el pueblo. Dad cuenta, Conde,
de la última jornada.

RAMIRO. Navarros, los valles, rojos
de sangre mora, cubiertos
están de enemigos muertos
y de sus ricos despojos.
Vuelve la hueste bizarra
radiante de honor y gloria,
y el cielo dió la victoria
al noble rey de Navarra.
El, en tan hermoso día,
probó al ejército entero
que manejar un acero
sabe.

- PUEBLO. ¡Viva don García!
(*El pueblo empieza á retirarse.*)
- RAMIRO. Ya puede la alegre grey
recobrar su calma toda.
(*A doña Jimena.*)
Ahora mismo nuestra boda.
Su venia pedid al rey.
- JIMENA. (*Llegándose á doña Jimena.*)
- REY. Comprendo todo el valor
de tan espuesta partida;
no ha peligrado mi vida
y se ha salvado mi honor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERGERO.

La decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO *sentado y profundamente pensativo.*—NUÑO *de pié, con los ojos fijos en el Conde, á quien llama repetidas veces.*

NUÑO. Señor... señor... No responde.
Señor... señor... Está obsorto.
Señor... Parece mentira
su estupor, ¡voto al demonio!
Señor.
(Tocándole en el hombro.)

RAMIRO.

NUÑO.

Nuño.

Te creí

insensible como un tronco.

RAMIRO. ¿Ha vuelto el rey de la caza?

NUÑO. Aquí lo tendrás muy pronto;
ébría el alma de contento,

- cubierto el cuerpo de polvo.
- RAMIRO. ¿Vuelve? Si de don Favila
hubiera encontrado el oso...
- NUÑO. Lo halló; pero, mas feliz
que aquel antiguo rey godo,
ensangrentó su venablo
haciendo á la fiera rostro.
- RAMIRO. ¡Muerte le dió con su diestra?
(*Signo afirmativo de Nuño.*)
Todo se ha perdido, todo.
Cada vez que miro al rey
no doy crédito á mis ojos,
y cambio tan repentino
de ira me llena y de asombro.
Hace un mes era en el monte
cazador débil, medroso,
y hoy valiente, infatigable,
hiere al jabali y al lobo.
Hace un mes de los clarines
temblaba al eco sonoro,
y hoy en bélicos alardes
pasa sus ratos de ocio.
Antes las pesadas mallas
no soportaban sus hombros,
y ahora lleva sin afán
esos marciales adornos.
Maneja bien una espada,
rije con primor un potro,
y está con la frente erguida
sobre las gradas del trono.
Ha sacudido el sudario
de su vergüenza y su oprobio,
y el pueblo cambia en respeto
su antiguo desden y odio.
- NUÑO. Tienes razon; ya la plebe
no le apellida el *Tembloso*,
y los corrillos razonan
frecuentemente en su elogio.
- RAMIRO. Nuño, lo que mas me inquieta
es que, á mis consejos sordo,
muy graves resoluciones
va tomando por sí propio.
Ha nombrado á Gomezano

Orioles, mayordomo;
á su hermano don García
caballerizo, y á otros
aguerridos capitanes
dado mil cargos honrosos.
El, que no osaba ante mi
alzar del suelo los ojos,
cuando le pedí la vénia
para dar mano de esposo
á doña Jimena, adusto
y con destemplado tono
rechazó mi pretension
con pretestos especiosos.
Y, porque insistí, repuso
con mal encubierto enojo:
"Basta, Conde; por ahora
ni lo niego ni lo otorgo."
En tan triste situacion...
¿Qué dudas?

NUÑO.

RAMIRO.

¿Estamos solos?

(Signo afirmativo de Nuño.)

Es preciso recurrir
á los remedios heróicos.

NUÑO.

Hablad, señor, sin cuidado,
que con atencion te oigo.

RAMIRO.

Nuño, tenemos amigos?

NUÑO.

Decididos y no pocos.

RAMIRO.

¿Podria contar con ellos
asentado bajo el sólio?

NUÑO.

Ciertamente, porque son
criminales y ambiciosos.

RAMIRO.

¿En cuánto tiempo podrás
reunirlos?

NUÑO.

No hallando estorbos,
en poco mas de una hora.

RAMIRO.

Márchate á buscarlos.

NUÑO.

Corro.

RAMIRO.

Espera. Mis instrucciones
aun no te he dado. Estoy loco.
A las puertas del alcázar
los traerás, luego que en torno
suyo la callada noche
estienda su manto lóbrego.

Debajo de ese balcon
estaráu, hasta que el ronco
ruido de un cuerpo arrojado
desde esta cámara, á todos
avise que de ayudarme
es el momento á propósito.
Entonces, lanzando gritos
de «Viva el rey!» presurosos
pisareis del real palacio
los pavimentos marmóreos;
y, derribando las puertas
si las sujetan cerrojos,
llegareis hasta aquí, en donde
me reuniré con vosotros.
¿Qué mas?

NUÑO.

RAMIRO.

Sijilo. ¿Comprendes,

Nuño, cuanto me propongo,
cómo espero realizarlo
y qué parte en ello tomo?

NUÑO.

RAMIRO.

NUÑO.

Saludo al rey de Navarra.
Ardua es la empresa.

La abono.

ESCENA II.

DON RAMIRO.

¿Ya reducido te ves
á un humilde cortesano,
y eres un pobre gusano
que aplasta el rey con sus piés?
Sí; mas te pisa imprudente
y sobre tí se levanta,
porque no ve que su planta
está sobre una serpiente.
Y no sabe comprender,
pues su delirio le arroba,
que al mismo tiempo me roba
amor, grandeza y poder.
Ya que en su fatal locura
no me aparta de su seno,

verteré en él mi veneno
con horrible mordedura.
Y veremos en la ardiente
lid quien á triunfar acierta,
si el leon que se despierta,
ó si la astuta serpiente.
Ya se acerca don García
con su festiva cohorte...
¡Mañana, sombra de corte,
has de ser esclava mia!

ESCENA III.

DON RAMIRO.—EL REY.—FORTUN y algunos caballeros en
traje de caza.

REY.

(Alegre.)

Bien ha mostrado el corcel
la nobleza de su raza,
y en la guerra y en la caza
quiero cabalgar en él.
Crece su fogosidad,
no lo canso ni aun le domo,
y entra en el mismo lomo
que sale de la ciudad.
Hemos trepado los cerros
en furiosa arremetida...
Buena ha estado la batida.
¡Qué caballos y qué perros!
Aseguro, por mi honor,
que su deber ha cumplido,
y estoy muy agradecido
á mi montero mayor.

FORTUN.

Gran señor, aunque mi edad
es poca para tal cargo,
la suplirá sin embargo
mi fuerza de voluntad.

REY.

Tu siempre incansable ardor,
tu actividad, tu despejo,
mas son de cazador viejo
que de un mancebo.

FORTUN.

Señor.

REY.

Nada en tu elogio diré,
Fortun, porque se me alcanza
que te ofende la alabanza;
pero cuanto vales sé.
Después de tantos sudores
y trabajo tan penoso,
váyanse á tomar reposo
mis bizarros cazadores.
Que está la noche cercana
y el buen tiempo nos convida
para una nueva batida
al despuntar la mañana.

ESCENA IV.

DON RAMIRO, *que ha permanecido apartado.*—EL REY,
que se dirige hácia su cámara.—FORTUN.

RAMIRO. (*Acercándose al Rey.*)
Aunque el parabien te doy
y te aplaudo cordialmente,
sé mañana mas prudente,
señor, que lo has sido hoy.

REY. (*Con frialdad.*)
Gracias, Conde.

RAMIRO. Pues no abono
que arriesgue de tal manera
su persona ante una fiera
quien se sienta sobre un trono.

REY. Pues yo tengo por mejor,
á pesar de tu experiencia,
que á los años de prudencia
sucedan los de valor.

RAMIRO. Es mi parecer contrario,
porque comprendais prudente,
que una cosa es ser valiente
y otra cosa temerario.
Por ello aquí he sostenido
opinión de que no cejo,
y he osado dar un consejo...

- REY. A quien no te lo ha pedido,
RAMIRO. Rey y señor, es verdad;
mas no dudo que á mi culpa
cumplidamente disculpa
mi acrisolada lealtad.
- REY. Basta.
(El Rey quiere entrar en su cámara.)
- RAMIRO. Perdóname, pues
nunca pretendi enojarte.
Gran señor, quisiera hablarte
de un grave asunto.
- REY. Despues.
- RAMIRO. Disimula mi porfia,
pero...
- REY. El cansancio me abrumba.
- RAMIRO. Caso es de importancia suma...
- REY. Hablaremos otro dia.
- RAMIRO. Si comprendes cuanto afana
su bien un enamorado...
- REY. *(Con desabrimiento y enojo.)*
He dicho que estoy cansado.
- RAMIRO. Pero...
- REY. Hablaremos mañana.
- RAMIRO. Debes marchar con la aurora
al monte. Señor, resuelve
que antes conversemos.
- REY. *(Con disgusto.)*
- Vuelve.
- RAMIRO. *(Con alegría.)*
¿Cuando?
- REY. Despues de una hora.
(El Rey y Fortun se entran por la derecha.)

ESCENA V.

RAMIRO.

Volveré. Me has ofendido
con insistencia infinita;
pero no importa, la cita
me has dado que te he pedido.

Nada importa que hayas hecho
á mi orgullo grave ofensa;
tendrás una recompensa
que me deje satisfecho.
Preso, despierto leon.
quedas en mi red fatal...
al cinto traeré un puñal,
y allí te espera el balcon.

ESCENA VI.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.—DOÑA JIMENA *en la puerta
de la izquierda sin ser vista de los interlocutores.*

GONZAL. ¿Al rey has hablado?
RAMIRO. Sí.

En cambio de sus desdenes,
consejos y parabienes
los mas cumplidos le di.
Mis consejos recibió
con insultante frialdad,
que hoy muestra temeridad
quien de tímido pecó.

GONZAL. Bendigo á Dios.
RAMIRO. Y bendice

á quien despierta su enojo,
á quien mantiene su arrojo,
á quien lo alienta y le dice.
Pues no te falta razon,
viéndola tan dulce y bella,
para tender sobre ella
tu paternal bendicion.

GONZAL. No comprendo.
RAMIRO. ¿No comprendes?

GONZAL. No, Conde, por vida mia.

RAMIRO. Yo te esplicaré algun dia
todo lo que ahora no entiendes.

GONZAL. Te aseguro, aunque te asombre,
que vá cobrando mi alma
paz, viendo en el rey la calma
y la dignidad de un hombre.

- RAMIRO. Cierta es que me causa asombro
tu contento, porque empieza
á vacilar la cabeza
sobre tus robustos hombros.
- GONZAL. Lo sé; con todo, bendigo
á quien puede darme muerte,
y resignado, aunque fuerte,
esperaré mi castigo.
- RAMIRO. Heróica resolucion,
que será muy noble y bella;
mas, con todo, contra ella
protesta mi corazon.
Sobrada bravura tiene...
- GONZAL. ¿Atentarás atrevido
contra el rey que has ofendido?...
- RAMIRO. (Engañarlo me conviene.)
- GONZAL. ¿Qué intentas hacer?
- RAMIRO. Es llano,
velar siempre, y prevenir
un caballo para huir
del rigor del soberano.
Que perderé, me dirás,
mis honores con la huida:
en conservando la vida
poco importa lo demas.
- GONZAL. Cúmplase nuestro destino.
- RAMIRO. Que era muy brillante advierte.
- GONZAL. Me resiguo con mi suerte.
- RAMIRO. Sigue solo tu camino.
Contigo el poder partí
conquistado con mi audacia;
llegados á la desgracia,
haga cada cual por sí.
- GONZAL. Modo de escapar no hallo
del poder que me subyuga.
- RAMIRO. Aun te brindo con la fuga...
ven y te daré un caballo.
¿Admites mi oferta? Di.
- GONZAL. No, suceda lo que quiera.
- RAMIRO. (Con risa sardónica.)
Si detienes mi carrera,
sabré pasar sobre ti.

ESCENA VII.

DON GONZALO, *que se queda abismado*.—DOÑA JIMENA,
acercándosele.

JIMENA. Señor, en grandes peligros
se prueba el ánimo grande.

GONZAL. ¿Sabes?...

JIMENA. Sé que unido al Conde,
has ocasionado males,
y que de un crimen funesto
eres también responsable.

GONZAL. Hemos hecho que el monarca
emplice sus mocedades
en ócios, que lo tornaron
débil, idiota, cobarde.

JIMENA. Adiviné de ese crimen
una no pequeña parte,
y supe poner remedio
sin buscar á los culpables.
Yo desperté en don García
nobles instintos marciales,
y, para seguir mi impulso,
por mí marchó á los combates.
Yo, la primera, le hablé
de gloria, de grandes planes,
del opróbio que encerraba
su condicion miserable.
Yo la senda del honor
franca le puse delante,
y entró en ella, puesto al frente
de las navarras falanjes.
Yo le mandé pelear,
por su Dios, contra los árabes,
y pié á tierra combatió,
gritando siempre: «Adelante.»
Respetó mis mandamientos
cual si los dictára un ángel,
y gracias si mis razones
al rey no llegaron tarde.

- GONZAL. Yo te bendigo, hija mía,
por consejos tan leales,
que de mí negra traición
borra las huellas infames.
Te bendigo, aunque con ellos
inadvertida firmaste
una sentencia de muerte
que debe herir á tu padre.
- JIMENA. No, padre mío; jamás
te herirá el rey, porque sabe
que no puede dirigirte
golpe que á mí no me alcance.
¡Hija mía!
- GONZAL. ¡Hija mía!
- JIMENA. Antes de herir
esa frente venerable
que yo protejo, es preciso
que una y mil veces me maten.
- GONZAL. ¡Jimena!
- JIMENA. Pero no hablemos
de luto, dolor y sangre,
que la tuya, aquí en mis venas
muy apresurada late.
Piensa en reparar los daños
que en otro tiempo causaste,
y aconseja á don García
para que prudente marche.
- GONZAL. Mi lealtad me inclinó al rey,
testigo Dios, años hace,
y mi delito me cuesta
tormentos imponderables.
- JIMENA. Descubre de don Ramiro
los proyectos criminales,
y rompe con firme diestra
todo cuanto artero trama.
Alerta debes vivir
porque es el Conde implacable,
y ha recibido del rey
algunos duros desaires.
Aquí mismo descubrí
en su voz y en su semblante,
de traidores pensamientos
las manifiestas señales.
Y su gesto, y sus miradas,

y sus bruscos ademanes ,
me han dicho que no se apresta
á abandonar sus hogares.

GONZAL. Aunque anciano, todavía
ánimo tengo bastante
para cerrarle brioso
el paso de estos umbrales.
Me respetan de la hueste
los mejores capitanes,
y obedecerán sumisos
todo cuanto yo les mande.
Entre tanto que del rey
la real persona yo guarde,
nadie tocará su ropa,
si no pisa mi cadáver.

JIMENA. Bien, padre mio; y no temas
que de tu deber te aparte,
por mas que sérios peligros
en tal puesto te amenacen.
Si tú sucumbes, sabré
como á quien eres vengarte;
porque á quien bien muere vengán
las hembras de tu linaje.

GONZAL. Adios. Tu noble ardimiento
derrama en mí sus raudales,
y mi sangre enardecida
como en la juventud arde.
Llanto derraman mis ojos,
pero un llanto tan suave
que no quemán las mejillas
ni mis alientos abate,
y á mi probado valor
aumenta nuevos quilates.
El cielo sobre tu frente
sus bendiciones derrame,
y con las del cielo caiga
la bendición de tu madre.

ESCENA VIII.

DOÑA JIMENA.

Si, que caiga. ¡Cuánto lucho
para ocultar mi amor loco.
Ayer tuve al rey en poco,
y hoy el rey para mí es mucho.
Su grito de guerra escucho
en el generoso alarde;
y, aunque ha despertado tarde,
conoce el alma lealmente
que ahora es mucho un rey valiente
si fué poco un rey cobarde.
Obré mal aconsejada,
y ahora la razon penetro,
pues no vi en su mano el cetro
cuando le entregué la espada.
El uno sin la otra es nada;
pero en la misma persona
la una al otro tanto abona,
que presentan demasiado
á la que pidió un soldado
dándosele con corona.
Muere, esperanza: no mas
tiendas hácia mí tu mano.
¿Yo esposa de un soberano?...
¿Yo...? hija de un traidor... ¡Jamás!
Rey, tú recuerdas quizás
á la que sufre llorosa:
tú la ofreces, por hermosa,
trono, corona y amor...
Mira, es hija de un traidor
y no puede ser tu esposa.
Renunciemos en un dia
á esa halagüeña esperanza
que mi ardiente amor no alcanza,
que no logra tu porfía.
Bendíceme, madre mia,
tú que ves mi afecto santo;

tú que recibes en tanto
de lágrimas un raudal ;
que en tu seno maternal
puedo derramar mi llanto.

ESCENA IX.

DOÑA JIMENA *apoyada en el respaldo del sillón.* — EL REY.

REY. ¿Qué causa vuestra amargura,
doña Jimena?

JIMENA. Señor,
una memoria.

REY. ¿De amor?

JIMENA. Una memoria mas pura.
Llanto de filial ternura
la pobre huérfana vierte ;
pues tuvo la triste suerte
de que una madre querida
sufriera al darle la vida
el tránsito de la muerte.
A la madre que perdí
no he dado nunca al olvido.

REY. ¿Sin haberla conocido
la lloras, señora?

JIMENA. Sí.
Doble pérdida sufrí

REY. en temprana niñez yo ;
y aunque un trono me quedó ,
por mi dignidad suprema
encontraré quien me tema ,
pero quien me adore no.

JIMENA. Gran señor , quien ha nacido
en puesto tan encumbrado ,
aspire á ser respetado
aun antes que á ser querido.
Mal hará si dá al olvido
cuanto le exige su grey ;
pues para cumplir la ley
de honor y alcanzar renombre ,
ha de acordarse que es hombre

- REY. despues de pensar que es rey.
¿Aconseja la razon
de estado al rey, que escondido
guárde hasta el menor latido
de su amante corazon?
¿No ha de dar á su pasion
espíritu, forma, nombre?
¿Y, para que al mundo asombre
su bizarro proceder,
eterno esclavo, ha de ser
siempre rey y nunca hombre?
- JIMENA. Eterno esclavo, quizás,
de razon severa y fria
siempre, señor, deberia
ser quien manda á los demas.
- REY. Muy escaso imperio das
á un amor ardiente, ciego.
Quitás la fuerza á ese fuego
que á cuanto se acerca inflama;
niegas calor á su llama...
- JIMENA. Nada quito, nada niego.
Comprendo todo el poder
del amor, y una ternura
grande, noble, intensa, pura,
que no es facil comprender.
Comprendo que puede ser
una pasion bien sentida
la vida, mas que la vida;
la fama, mas que la fama...
tanto sé cómo se ama,
que no sé como se olvida.
(Pausa.)
- REY. Proseguid.
- JIMENA. Basta, señor.
- REY. No, por Dios; señora mia.
Ni yo mismo comprendia
un amor como ese amor.
Lo comprendo; es un ardor
íntimo, vivo, creciente,
que produce de repente
la santa llama que arde
en el pecho de un cobarde
al transformarle en valiente.

Es el misterioso guía
que, despues de un sueño largo,
rompe el profundo letargo
á la luz de hermoso día.
Es quien á un monarca envia,
con su prestigio divino,
por el seguro camino,
que conduce á la victoria,
y en un destino de gloria
cambia su torpe destino.
Bien de tan alto valor,
que aduna en su magestad
valor, gloria, dignidad,
poder, justicia y honor.
no sé esplicarte mejor
esa llama abrasadora
que vivifica y devora,
que es la dicha y el tormento...
pues yo en el alma la siento,
compréndela tú, señora.

(Pausa.)

¿Guardas silencio? Bien sabe
el monarca que ambiciona
un floron que en su corona,
por lo muy rico no cabe.
¿Lloras? De una vez acabe
esta inquietud que desgarrá
mi corazón con su garra.
¿Por qué lloras?

JIMENA.

De alegría,
porque conseguí en un día
volver un rey á Navarra.

REY.

La que su inmenso poder
mostró en tan supremo instante,
también pudiera...

JIMENA.

Hay bastante
con este noble placer.

REY.

¡Oh! si pudieran vencer
mis súplicas...

JIMENA.

Las respeto.

REY.

¿Prometes?

JIMENA.

Nada promelo.

REY.

De esa extraña obstinacion

- JIMENA. dime, al menos, la razon.
REY. La razon es un secreto.
Cuando libra amor ardiente
la mas furiosa batalla...
JIMENA. El amor que mas se calla
es aquel que mas se siente.
Guárdeos el cielo.
(*Queriendo marcharse.*)
REY. Detente,
y no derrames cruel
en mi corazon mas hiel,
ya que se abrasa en tu fuego.
JIMENA. (*Muy conmovida.*)
Permitid...
REY. No.
JIMENA. (*Suplicante.*) Yo es lo ruego.
REY. (*Con amargura.*)
Adios.
JIMENA. Velaré por él.

ESCENA X.

EL REY.

Huye. El misterioso velo
de ese secreto fatal
torna en zozobra y en mal
lo que fué dicha y consuelo.
No arrancan crudos enojos
su llanto; lágrimas son
que el fuego del corazon
hace subir á los ojos.
Pero, viéndolas correr
sin comprender su quebranto,
se van en pos de su llanto
mis ensueños de placer.
(*Pausa.*)
Estoy muy causado : lucho
contra el sueño que me ostiga;
mas me rinde la fatiga,

porque hemos corrido mucho.

(Se sienta.)

Quiero reposo tomar
y me detiene el empeño
del Conde. Si cojo el sueño
él me puede despertar.

(Apoyando el codo en la mesa y la frente sobre la mano.)

Con las dudas peleando
que causa un amor esquivo,
ya que despierto no vivo,
corazon, vamos soñando.
(Se queda dormido.)

ESCENA XI.

EL REY, dormido.—DON RAMIRO, que pasa una mirada afanosa por la escena.—Un momento despues, DOÑA JIMENA.

RAMIRO. *(Sin ver al rey, que está cubierto con el respaldo del sillón.)*

¡Y el rey?... ¿Dónde está?... ¿Burló mis planes?... ¿Quiere perderme?...

(Viendo al rey.)

¡Ah! ¡No! Sosegado duerme.

No se me escapará, no.

(Grande expansion de viva alegría, y una ligera pausa. Señalando al balcon.)

Allí esperan la señal,

Muy pronto verá Pamplona

(Señalando al rey.)

en mi frente tu corona

y en tu pecho mi puñal.

Solos estamos los dos,

y mis predicciones ciertas

salen. Cerraré estas puertas.

(Cierra las del fondo y derecha, y al llegar á la de la izquierda se presenta doña Jimena.)

JIMENA. ¿A quién buscais?

- RAMIRO. No es á vos,
señora.
(Doña Jimena se interpone entre el rey y el Conde. Hablan á media voz.)
- JIMENA. ¿A qué habeis venido?
- RAMIRO. Revelan vuestras miradas...
- JIMENA. Que estan las puertas cerradas,
vos aqui y el rey dormido.
Y si de nuestra ciudad
no sales, Conde, te advierto
que ahora mismo al rey despierto
y le cuento la verdad.
Huid.
- RAMIRO. Cobarde no abandono
el poder que se derrumba,
y donde caben mi tumba
puedo levantar mi trono.
- JIMENA. ¡Don Ramiro!
- RAMIRO. A tus cuidados
respondo, y á tu amenaza,
que me esperan en la plaza
cien valientes conjurados.
Que prometí á su ambicion,
para cumplir bien la mia,
el cuerpo de don Garcia
(Adelantándose hácia el rey.)
arrojar por el balcon.
Que una vez entrado aqui,
se ha de cumplir su destino...
(Lanzándose, puñal en mano, hácia el rey. Doña Jimena se interpone, coje con una mano la hoja del puñal, queda ligeramente herida en los dedos; el rey se levanta.)
- JIMENA. ¡Atrás, infame asesino!
- REY. ¿A quién atentaba?
- JIMENA. A mi.
- REY. ¿A vos? Tan vil alentado
castigaré... ¡Estais herida!
(Desnudando el cuchillo.)
¡Por esa sangre tu vida!
- RAMIRO. *(Con frialdad y retrocediendo.)*
Y moriré asesinado
por un rey.

REY. No. Y de mi ley
con todo no has de librarte;
(*Tirando el cuchillo.*)
que en mis brazos sabré ahogarte
pecho á pecho.
(*Se lanza sobre don Ramiro, luchando un momento, el rey lo suspende y lo arroja por el balcon.*)

JIMENA.
VOCES.

¡Ah!
¡Viva el rey!

ESCENA XII.

EL REY, *que sale del balcon.*—DOÑA JIMENA.

JIMENA. ¿Qué habeis hecho?
REY. Mi deber.
Contra un rey tal atentado
le hubiera yo perdonado;
mas no contra una mujer.
Pues cuando esgrime el acero
contra una dama hombre aleve,
por su propia mano debe
castigarlo el caballero.
Mas pensemos en la herida...
JIMENA. Señor, no es nada.
REY. El malvado
con muy poco la ha pagado,
pagándola con su vida.
(*Se repiten los vivas en la plaza.*)
JIMENA. ¡Vivas repiten!
REY. Me aclama
un pueblo noble y valiente.
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)
JIMENA. Detente, señor, detente.
REY. (*Quiere abrir la puerta.*)
Señora, el pueblo me llama.
JIMENA. Dejad cerrada la puerta.
REY. No comprendo la razon;
pues en mas árdua ocasion
la tuvo mi pueblo abierta.

- JIMENA. La abrí, porque los clamores
que hirieron nuestros oídos
los lanzaban seducidos:
ahora los lanzan traidores.
(Ruido dentro.)
Y ese confuso rumor
es de su infamia señal;
pues contra ti su puñal
levantó el Conde traidor.
- REY. ¡Corrió tu sangre por mí,
fuerte, admirable mujer!
¡Cuánto es preciso crecer
para llegar hasta ti!
(Ruido de armas á la puerta.)
Con tu diestra me mostraste
del honor el alto templo,
y para seguir tu ejemplo,
obro yo como tú obraste.
(Abre la puerta.)

ESCENA XIII.

EL REY.—DOÑA JIMENA.—NUÑO, *seguido de algunos conjurados, se precipita resueltamente, en tanto que los otros resisten á los que los atacan fuera; pero se paran aterrados á vista del rey, que les habla con serenidad y arrogancia.*—Un momento despues, DON GONZALO, *seguido de varios CAPITANES.*

- REY. Rebeldes, lidiáis en vano
por una causa perdida.
(Nuño y los conjurados se arrodillan y ponen las espadas en tierra.)
Al Conde la infame vida
quité por mi propia mano.
(Don Gonzalo se acerca al rey.)
Tu valor, y tu firmeza,
y tu lealtad agradezco.
(Don Gonzalo dobla la rodilla.)
¿Qué pides, Conde?
- GONZAL. Te ofrezco,

REY. rey y señor, mi cabeza.
¡Tu vida! ¿Por qué razón?
Cuando yo debo premiarte
ahora...

GONZAL. Porque tuve parte,
señor, en tu educación.
Porque pérfido alejé
de ti el popular respeto.

JIMENA. Este es, señor, el secreto
que obstinada te callé.
Callando, cómplice fui
de tan aleve malicia;
que el peso de tu justicia
caiga todo sobre mí.

REY. *(Doblando la rodilla.)*
(Alzando con la diestra á doña Jimena, y con
la izquierda á don Gonzalo.)

Levanta, noble señora;
tú, que de un reino oprimido
y de un rey envilecido
has sido la salvadora.
Caudillos; á quien bizarra
levantó mi abatimiento,
con noble orgullo os presento
como á reina de Navarra.
Rota de mi esclavitud
la cadena transitoria,
brillará el sol de la gloria
que faltó á mi juventud.
Sabré defender las tierras
de mis pueblos; os lo abono.
Rey seré sobre su trono,
y capitán en sus guerras.
Del Evangelio la luz
llevaré con diestra armada.
y en otra mano la espada
Por Dios, por patria y por ley,
lidiaré con noble afán.
Por mí mismo capitán
y juez seré.

Todos.

¡Viva el rey!
FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 15 de Setiembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.